

---

# 1

## HUESOS GIGANTES Y SONRIENTES EARL

La niña pelirroja estaba leyendo tebeos estúpidos en su cuarto de muñeca rubia y estúpida. Su madre estaba en el salón, cosiendo un zapato rubio en la solapa derecha de su única americana. Su padre estaba tratando de ver la televisión a través de sus gafas sin cristales. Y el perro, oh, no, el pobre y aburrido perro estaba durmiendo, durmiendo y soñando con dar la vuelta al mundo subido a un hueso gigante y sonriente. El muy estúpido no tenía ni idea. Si la hubiera tenido, quizá hubiese echado a correr y hubiese montado su propio negocio: Huesos Gigantes y Sonrientes Earl. Pero no iba a hacerlo. Iba a quedarse en casa e iba a cambiar la parte del mundo que empezaba en aquel salón amarillento. Por los siglos de los siglos. Guau.

—¿Mamá? —Ésa era la niña pelirroja.

—¿Pasa algo, cariño? —La madre estaba pensando: «Zapato rubio, tengo que coser ese zapato, zapato pato.» La aguja no iba a detenerse. Ris, ras, arriba y abajo—. ¿Cariño?

—¿Puedo llevar a Munk?

---

—¿Munk? —La madre echó un vistazo a la revista que sostenía la niña, sin perder el ritmo: ris, ras, ris—. ¿Quién es Munk, cariño?

Earl alzó las cejas.

—El perro —dijo el padre.

—Oh, el perro, sí.

Earl se hundió entre sus minúsculas patas delanteras.

—¿Y adónde quieres llevar a Gus, cariño? —Ris, ras, ris, ras.

—No es Gus, es Munk, mamá —dijo la niña.

—Oh, sí, claro, cariño.

—¿Qué es eso? —preguntó el padre, alargando la mano hacia el tebeo.

—Un concurso para Munk —dijo la niña.

—¿Un concurso? —Ris, ras, ris.

El padre dobló el tebeo por la mitad y leyó: «*Mundial de Belleza Canina 1989. Tu perrito puede ser el siguiente Mister Can. Por primera vez en España.*» Luego dio media vuelta a la página y echó un vistazo a las viñetas.

—¿Qué clase de tebeo es éste? —preguntó, quitándose las gafas, y añadió, en un susurro dirigido a la madre—: Las chicas están desnudas, Marion.

—Dios, Ron, ¿es que no voy a poder coser este zapato ni en un millón de años? —El padre se encogió de hombros, le tendió el tebeo—. Trae acá ese montón de hojas. Dios santo, ¿por qué me casaría con un estúpido? —Esto último lo dijo en alemán. O en lo que ella y su hija creían que era alemán. La niña se rió.

—¿De qué te ríes, pequeña? —El padre volvió a ponerse las gafas.

—¿Y tus cristales, Ron? —preguntó la madre. Había clavado la aguja en el tacón del zapato *rubio*, en realidad, amarillo limón y hojeaba el tebeo.

---

—¿Le compraste tú el tebeo? —preguntó el padre.

—¡Pues claro que se lo compré yo! ¿Es que quieres que Wen se parezca a ti, Ron? Échale un vistazo a la portada, caja de dientes, es un tebeo de Súper Chica, ¿sabes quién es Súper Chica? Toc, toc, Ron, ¿hay alguien en casa? ¿Has oído hablar de Supermán? ¿El tipo de la capa roja? ¡ESTÚPIDO! —gritó Marion, en alemán.

La niña sonrió.

—Está bien. No te enfades, Marion. No he dicho nada. —El padre se hundió en el sillón y se alisó la arruga de tela que se le había formado en la rodilla. Luego subió el volumen del televisor y fingió divertirse con un documental sobre el oso hormiguero del que sólo veía sombras.

—¿Puedo? —insistió la niña.

—Claro que puedes, Wen —dijo la madre (en alemán).

Y así fue como el pequeño Earl cambió para siempre la historia de su familia y la de su familia adoptiva, a la que todo el mundo conocía como los Kramer, por expreso deseo de su cabeza de familia: Marion Kramer.

¿Y qué fue de Huesos Gigantes y Sonrientes Earl? Huesos Gigantes y Sonrientes Earl ni siquiera llegó a ser un sueño. Digamos que fue más bien uno de esos desvíos que no se toman a tiempo. De haberlo hecho, Francis Dómino seguiría vivo. Y la pequeña Wen nunca habría conocido a Piscis Deprimida.

---

2

PISCIS DEPRIMIDA

La carta llegó en un sobre amarillo. Fue su padre quien la encontró entre el correo y se la tendió a Marion.

—Creo que deberías ver esto, cariño —le dijo.

Y Marion gritó:

—¿ES QUE NO SABES LEER, RON?

—Claro que sé, cariño.

—¿Y DÓNDE HAS LEÍDO «MARION»?

—En ningún sitio, Marion. Creo que es para la niña, cariño.

—¿LA NIÑA? ¡WENDOLIN TIENE CASI TREINTA AÑOS, ROOON!

—No te enfades, cariño. No he dicho nada.

Así que Ron dejó la carta sobre el escritorio de su hija y volvió a su sillón.

Ron Kramer era un buen hombre. Y, por cierto, Ron no era su verdadero nombre, ni Kramer su apellido. Ron Kramer se llamaba en realidad Julio Durán, pero nadie podía pronunciar su verdadero nombre en presencia de su mujer. Marion había creado a Ron Kramer de la misma manera que se había creado a sí misma.

---

Y que había creado a la pequeña Wen.

La pequeña Wen, que siempre sería pequeña, pelirroja y pecosa. Wen, que estaba a punto de cumplir los veintiocho y que seguía creyendo en superhéroes y supervillanos, como su abuela había creído en Dios (había llegado a enmarcar la parte superior de un calendario de pared de 1976 en el que aparecía el rostro de un Jesucristo sudoroso y llorón) y su madre en Lindsey Buckingham, Clark Kent y Raphael. Aunque ella nunca admitiría creer en este último, porque no había sido tan famoso en su Alemania natal, país en el que ciertamente Marion Kramer había nacido, pero no crecido, como intentaba hacer creer a todo el mundo, incluida Wen.

A todo esto, en aquel preciso instante, Wen tarareaba el estribillo de «Eighties Fan», su canción favorita. La había compuesto una aburrida chica escocesa adicta a los helados de fresa.

Wen estaba esperando a que el dueño del Daily Bugle regresara del almacén.

El Daily Bugle era una estrecha y mal iluminada tienda de cómics del centro y el almacén era una pequeña habitación al fondo de aquella maraña de tebeos. Y lo que el dueño estaba buscando en el almacén era el último número de Súper Chica.

—¿Has visto, Munk? —Wen hablaba con el pequeño Earl, que seguía siendo pequeño, pues apenas medía treinta y ocho centímetros—. Supermán ha vuelto a dejar que Lex secuestre a Lois.

—Es un número antiguo, estúpida —contestó el pequeño Earl, sólo que sonó—: Guguguguau.

—Ya. Yo tampoco entiendo a mamá —dijo Wen (en alemán).

—Aquí está —oyó que decía la irritante voz de lija

---

del propietario de la tienda, a lo lejos—. Ni siquiera he tenido tiempo de colocarlo. Acaba de llegarme.

Ansiosa, Wen abrió su ridículo monedero amarillo y preparó la moneda de dos euros. El tipo apagó la luz y regresó al mostrador. Además del último número de Súper Chica, traía consigo un viejo *What if...?* de Spiderman.

A Wen nunca le había caído demasiado bien Spiderman.

«Peter Parker es un blando», pensaba.

Solía hablar de ello con su madre.

«Es un blando porque todos los superhéroes tienen problemas y ninguno se queja —decía Wen—. Todos se aguantan menos él. Parker es un quejica.»

Marion Kramer estaba completamente de acuerdo con su hija.

—¿Uno noventa y cinco? —preguntó Wen. Un rizo pelirrojo le cruzaba la frente.

El hombre, un tipo menudo, de dientes separados y olor nauseabundo, asintió.

No se atrevía a mirarla. Por eso se miraba las manos. Tenía las uñas negras.

—¿Conoces éste? —preguntó Marvin.

Se estaba refiriendo al *What if...?* que había traído consigo.

El *What if...?* de Spiderman.

A todo esto, el tipo se llamaba Marvin. Marvin Rodríguez. Un nombre extraño. Se lo había puesto su madre, que siempre había estado loca por Marvin Gaye. Todavía conservaba aquel pequeño altar en su casa. Marvin lo odiaba. Odiaba a Marvin Gaye y a su madre. Marvin odiaba a todo el mundo. A todo el mundo menos a Wen.

Por cierto, Marvin tenía treinta y cinco años, unas ce-

---

jas diminutas y una muñeca hinchable pelirroja a la que llamaba Mary Jane.

Mary Jane.

—OH, SÍ, MARY JANE, ME GUSTA, MMM, SIGUE, OH, SIGUE, SÍÍÍ.

Ésas eran el tipo de cosas que Marvin le decía a su muñeca hinchable.

Marvin se pintaba las canas con rotulador y vivía como si fuera Peter Parker.

Tomaba fotografías de sí mismo vestido de Spiderman.

Sólo que no lo hacía en la calle, sino en su habitación.

—¿Spiderman? No, gracias —dijo Wen, refiriéndose, por supuesto, al *What if...?* que el tipo le tendía—. Spiderman es un quejica.

El tipo, Marvin Rodríguez, tartamudeó:

—¿Un-un qué?

—Un quejica. —Wen podía resultar muy repelente. Y más cuando le daba por hablar en lo que ella y su madre creían que era alemán. Y eso era lo que acababa de hacer—. Mi madre dice que es un blando.

—¿Tu-tu...?

—Me niego a tener un *What if...?* de Spiderman —prosiguió la chica. Puso la moneda sobre el mostrador y añadió—: No entiendo cómo Súper Chica se prestó a esto.

Wen se estaba refiriendo al número que Marvin Rodríguez había traído consigo, *¿Y si Spiderman se casara con otra?* Por cierto, uno de sus favoritos. Lo había usado en numerosas ocasiones para, ejem, ya me entienden.

Sí, la muñeca hinchable era pelirroja.

Como Mary Jane Watson. Como Súper Chica.

---

Y como la propia Wen.

—Seguro que no fue cosa suya —respondió él, encogiéndose hasta jorobarse sobre la moneda que Wen había dejado en el mostrador. Muerto de vergüenza. El pelo, grasiento, como vinilo mojado, le olía a queso rancio.

—No, claro. —Wen cogió su número de Súper Chica y tiró de la correa de Munk, o del pequeño Earl, verdadero nombre del chucho, una extraña raza de chihuahua calvo llamada *rusty*, de la cual el pequeño Earl era un raro ejemplar de color rosa—. Nos vamos, Munk.

—Bonito nombre —dijo Marvin, posando una mano sudorosa sobre aquel preciado *What If...?*—. ¿Es un buen perro?

—El mejor —dijo Wen sonriendo, orgullosa, con todos aquellos dientes. La boca de Wen parecía tener al menos dos veces más dientes que una cualquiera.

Y el bueno de Marvin sonrió, aunque tenía un nudo del tamaño de una granada de mano en la garganta. Wen se fue por donde había venido.

No tenía ni idea de lo que la esperaba en casa. Ni lo que la esperaba tenía ni idea de que tendría que esperar un buen rato.

---

### 3

#### EL CHICO MÁS POPULAR DE LA CLASE

Cuando Wen iba al colegio, el chico más popular de la clase se llamaba Iván, Iván Rojas, pero para ella se llamaba Dedos Sucios. Era muy alto y muy guapo, y todas las chicas se peleaban por ser las primeras en tocar el lápiz que había olvidado sobre la mesa. Todas menos Wendolin Kramer. Lo único en lo que pensaba Wen era en acabar con él, como solía acabar Súper Chica con sus supervillanos. Así que empezó a perseguirle y a elaborar informes. Wen anotaba todo lo que le veía hacer en su Súper Libreta y luego le escribía largas cartas amenazadoras que el chico recibía como sugerentes y salvajes misivas de amor. Solía dormir con ellas bajo la almohada y soñar que se lo hacía con la chica pelirroja que las escribía. Cómo sabía Iván que Wen era quien escribía las cartas era todo un misterio. El caso es que lo supo desde el principio. Pero no se lo dijo a nadie.

—No lo hagas. —Ésa era Lisi, su mejor amiga, advirtiéndole que proponer una Cita Ataque a Dedos Sucios era una mala idea.

---

—Tengo que acabar con él —Wen estaba convencida de que podía hacerlo. Iba a liberar al mundo de Dedos Sucios y nada ni nadie podría impedirselo.

—Te hará llorar y entonces será peor.

—No me hará llorar. Súper Chica nunca llora.

—Tú no eres Súper Chica.

—¿Cómo que no?

Los gordos mofletes de Lisi palidieron.

—¿Lo dices en serio?

—¿El qué?

—¿Vas a matarle? —Lisi tragó saliva con un ruidoso GLUM.

—Voy a acabar con él —dijo Wen.

—¡SHHH! ¡SILENCIO! —gritó Velma Ellis, la profesora suplente de inglés. Por supuesto, gritó en inglés. Y se puso roja como un tomate al hacerlo.

Las chicas se callaron.

Podría decirse que eran un par de alumnas obedientes.

Wen aprovechó para escribir una de sus cartas.

Iván la encontró entre sus bolígrafos aquella misma tarde. Wen había conseguido deslizarla entre sus cosas antes de salir de clase. La carta decía:

*Te liquidaré esta misma noche. Nos vemos en el callejón en el que te diste el lote con Samantha el lunes pasado. Te estaré esperando. Ven en cuanto acabes de cenar.*

## SÚPER CHICA

El chico se frotó las manos. Oh, sí, por fin. Una cita con la chica pelirroja. Iván nunca había besado a una pelirroja. Pensó que quizá supiera a fresa. El chico no era

---

muy listo. Tampoco tenía la culpa de que todas las rubias que había besado supieran a melocotón porque todas usaban aquel estúpido lápiz de labios con sabor a melocotón que vendían en la tienda de chucherías cosméticas del centro comercial.

Iván era un buen chico, así que cenó, se cepilló los dientes y dijo:

—Mamá, bajo a tirar la basura.

Y la madre preguntó:

—¿Te encuentras bien, cariño?

Y el chico no dijo nada, sólo se miró al espejo antes de salir y se deseó suerte.

Al otro lado de la calle, Wen esperaba.

El callejón en el que se habían citado estaba enfrente de la casa de Dedos Sucios, así que podría decirse que estaba en su terreno y que eso podía complicar las cosas, pero Wen confiaba en que Zapato Rubio lo despistara. No había caído en la cuenta de que era el traje y no Zapato Rubio el que podía despistarle.

En este punto, Wen interrumpió su relato. Le dio un sorbo a su batido y señaló la portada de uno de los tebeos que había sobre la mesa.

—Mi traje entonces era así —dijo.

—Oh. —La mujer que había al otro lado de la mesa, una mujer con sombrero y una pluma en el sombrero, fingió interés. Entre sus pies, el pequeño Earl trataba de dormir la siesta—. Es... Bonito.

—Me lo cosió mi madre.

Se lo había cosido hacía un millón de años o, exactamente, quince, una noche de sábado. Aquella lejana noche, Marion cosió y cosió, ris, ras, ris, ras, ris, con lágrimas en los ojos, mientras Ron leía una novela estúpida, titulada *La Rubia Imposible*.

---

—¿Qué es eso? —había preguntado el padre, cuando hubo acabado el que creyó que podía ser el capítulo clave de la historia: la Rubia Imposible estaba sentada en una silla de peluquería, con la cabeza embadurnada de tinte, así que no había vuelta atrás. El próximo capítulo tenía, por fuerza, que ser el último. Ya lo había conseguido, era rubia, ¿y ahora qué?, se preguntó Ron al cerrar el libro y comprobar que le quedaba más de la mitad. ¿Cómo podía la autora haber escrito setecientas veintitrés páginas de un absurdo drama cotidiano?, se preguntó después. Luego levantó la vista y vio a su mujer cosiendo.

Fue entonces cuando preguntó:

—¿Qué es eso?

Para cuando lo hizo, Marion Kramer estaba dándole la última puntada al zapato rubio. Había cosido un zapato rubio en la capa.

—Un traje para tu hija.

—¿Un traje con capa?

—Es un traje de Súper Chica.

—Oh, no.

—¿QUÉ? ¿CREES QUE ESTOY LOCA?

—¿Quién ha dicho que estés loca?

—Acabas de decirlo.

—¿Yo?

—¿QUÉ HAS DICHO?

—Nada. No he dicho nada, Marion.

—ESTÚPIDO —rezongó Marion, en alemán.

El pequeño Earl alzó las cejas creyendo que tronaba y que los truenos iban a estropear su peinado. Y su peinado no podía estropearse. Cualquier perro mataría por un peinado como aquél. Desde que Wen había tenido la genial idea de presentarlo al concurso de belleza, se habían acabado los problemas de números rojos en casa de los

---

Kramer, y en el cada vez más coqueto apartamento del pequeño Earl. Apartamento, por cierto, situado bajo el escritorio de Wen, en el que la pelirroja había instalado un sofá de juguete, una televisión portátil, un par de pósters de perritas y un hueso de goma mordisqueado. El sofá era un sofá cama, por supuesto. Y el pequeño Earl se acostaba cada noche con mucho cuidado, con todo el cuidado del mundo para no estropear su peinado. Nada ni nadie podía estropearle aquel peinado. Ni siquiera un ladrido de Mamá Kramer.

—¿Estás contento, Ron? Has despertado a Gus.

—¿Yo?

—Ha sido el trueno —hubiera querido aclarar Earl—. Y dejad de llamarme Gus y Munk. Mi nombre es Earl —hubiera querido añadir.

Pero de todos es sabido que los perros no hablan.

Los perros ladran, como Mamá Kramer.

—Fue muy divertido —añadió Wen en aquel instante, volviendo a contarle el relato principal a la sorprendida mujer del sombrero y la pluma.

Aquella noche, la noche en que Wen se batió en duelo con Dedos Sucios, hacía un calor de mil demonios y Wen sólo pensaba en volver a casa y jugar con el pequeño Earl. Le gustaba perseguir a Dedos Sucios y le gustaba escribir informes y, por supuesto, le encantaba enviarle cartas amenazadoras, pero no le gustaba tener que acabar con él. ¿Por qué tenía que acabar con él? ¿Qué daño había hecho Dedos Sucios? Se había dado el lote con Samantha y había empujado a su amiga Lisi tres de cada cuatro veces en que se había tropezado con ella, pero Lisi le había robado su colección de cromos de dinosaurios galácticos, así que, ¿qué daño había hecho Dedos Sucios?

—¿Wen?

---

Dedos Sucios acababa de llegar.

Wen estuvo a punto de morir de vergüenza. De repente se vio a sí misma a través de los ojos del pequeño Earl (la capa blanca, las botas de tela cosidas sobre los zapatos, el ajustado maillot de una sola pieza) y todo empezó a arder, mejillas abajo.

—Hola —dijo, abatida.

—¿De qué vas vestida? —El chico se acercó. Sonrió al ver la capa. Wen cerró los ojos. Pensó: «No voy a llorar.» Pensó: «No vas a hacerme daño.» Dijo:

—Era, hum, era una sorpresa.

—¿Una sorpresa? —De repente, Dedos Sucios estaba muy cerca—. Me gusta.

—¿Sisi-sisi-si...? ¿Te-te, te-te, te-te gusta?

Oh, sí, le gustaba. Por eso la besó. Y Wen estuvo a punto de desmayarse.

—Mmm... Sabes a... —Dedos Sucios se relamió—. Sabes a..., hum, sí, es fresa.

—¿Fresa?

Dedos Sucios volvió a besarla. Wen se revolvió. El chico se apartó. ¿Y si estaba cayendo en una trampa? ¿Acaso no era Dedos Sucios un supervillano? ¿Desde cuándo los supervillanos besaban a las Súper Chicas?

—Lo siento —dijo Dedos Sucios.

—No —dijo ella.

—Lo de Samantha ya pasó. —¿Acaso tenía que darle explicaciones a esa Tonta del Bote?—. Oh, bueno, no importa. No se lo digas a nadie, ¿vale? Será un secreto.

Wen asintió.

—¿Me seguirás escribiendo? —preguntó el chico.

—¿Quieres que te siga escribiendo?

—Me gusta. Sí. Es divertido.

Dedos Sucios sonrió. Wen también sonrió.

---

—A mí también.

Se hizo el silencio. La capa y el zapato rubio ondeaban. El chico dijo:

—Bueno, tengo que irme.

—Sí.

—Si quieres podemos vernos otro día.

Wen asintió.

Pero las cartas nunca llegaron. El chico las esperó y las esperó. Durante el resto del trimestre no volvió a meterse con Lisi y tampoco enredó sus dedos sucios en los rizos de Wen. Y Wen se puso triste, muy triste. Para intentar olvidar aquella noche en el callejón, empezó a perseguir a otros posibles supervillanos. Volvió a elaborar informes. Pero no escribió ni una sola carta. Había aprendido que la colisión entre su mundo y el mundo que todos conocían podía doler tanto como un súper rayo derritecorazones. Así que no iba a volver a mezclarlos. Se quedaría con su mundo de zapatos rubios.

—Y ésa es la historia —dijo Wen, y apuró su batedo.

—Vaya, es una buena historia —dijo la mujer del sombrero. No era un sombrero ridículo. Era un sombrero caro. Y la pluma era pequeña, tan pequeña que parecía apenas un guiño a un mosquetero—. Pero tengo un poco de prisa.

—Su sombrero es bonito —dijo Wen.

El sombrero había sido un regalo de su marido.

La mujer del sombrero se llamaba Carmen, tenía cuarenta y tres años y aquella mañana antes de salir de casa había puesto una lavadora.

—Oh, gracias —dijo, y se puso en pie, con torpeza.

El pequeño Earl emitió un ridículo quejido.

Acababan de despertarlo.

---

—¿Adónde va? —preguntó Wen, en alemán.

—¿Cómo dice?

—¿Y su caso?

—Oh, no importa —dijo la mujer—. Tengo un poco de prisa.

—Ah. —Wen cruzó las piernas bajo el escritorio y estrechó la mano de la mujer, que, por cierto, había elaborado un discurso a la altura del detective con el que creía que iba a toparse. En aquel preciso instante, lo estaba haciendo pedazos en su mente—. Bueno, encantada.

—Lo mismo digo —dijo Carmen, y sus tacones rechinaron sobre el terrazo al darse la vuelta. Echó un vistazo a la cama antes de salir de la habitación. Había un cojín sobre ella. Un cojín con un enorme zapato rubio en el centro.

Carmen cerró la puerta a sus espaldas y trató de recordar dónde había visto antes al chico cuya foto aquella chiflada había enmarcado y puesto sobre el escritorio.

Oh, Dios, no.

Era Kirk Cameron.